

La Europa enraizada en sus orígenes, fuente de sus valores.

Monseñor Juan Carlos Elizalde

“Ha llegado la hora de construir juntos la Europa que no gire en torno a la economía”. El Papa Francisco se dirigió con esta propuesta al Parlamento Europeo en su histórico discurso el 25 de noviembre de 2014 en Estrasburgo. El Santo Padre apeló, como lo hiciera el Papa Juan Pablo II veinticinco años antes, a los Padres Fundadores de la Unión Europea al contemplar una unión donde la dignidad del hombre estuviese por encima de cualquier otra consideración. Afirmar la dignidad de la persona es admitir el valor de toda vida humana, siempre y en todo momento. Europa ha de perseverar en esta admirable tarea tras siglos de guerras y tensiones entre países. Francisco lo subrayó en aquella sesión parlamentaria: *“Hemos de preocuparnos de la fragilidad, de la fragilidad de los pueblos y de las personas. Cuidar la fragilidad quiere decir fuerza y ternura, lucha y fecundidad, en medio de un modelo funcionalista y privatista que conduce inexorablemente a la «cultura del descarte»*. *Cuidar de la fragilidad de las personas y de los pueblos significa proteger la memoria y la esperanza; significa hacerse cargo del presente en su situación más marginal y angustiante, y ser capaz de dotarlo de dignidad”*. Volviendo a los Padres Fundadores, el Papa apela a aquello a lo que ellos mismos solicitaron: la dignidad trascendente de la persona. Y así, afirmó que *“una Europa que no es capaz de abrirse a la dimensión trascendente de la vida es una Europa que corre el riesgo de perder lentamente la propia alma y también aquel «espíritu humanista» que, sin embargo, ama y defiende”*. Y es por esto, por la apertura a la trascendencia, cuando Francisco ratifica *“la centralidad la persona humana, que de otro modo estaría en manos de las modas y poderes del momento”* por lo que considera *“fundamental no sólo el patrimonio que el cristianismo ha dejado en el pasado para la formación cultural de Europa, sino, sobre todo, la contribución que pretende dar hoy y en el futuro para su crecimiento. Una Europa capaz de apreciar las propias raíces religiosas, sabiendo aprovechar su riqueza y potencialidad, puede ser también más fácilmente inmune a tantos extremismos que se expanden en el mundo actual, también por el gran vacío en el ámbito de los ideales, como lo vemos en el así llamado Occidente, porque «es precisamente este olvido de Dios, en lugar de su glorificación, lo que engendra la violencia”*.

Aquí está la clave de la construcción europea y de su futuro hacia horizontes más fraternos entre las naciones y personas que lo componen. Las raíces cristianas de Europa no son ninguna amenaza a la laicidad o independencia de sus instituciones. Son una garantía hacia un futuro en paz, que subraye la dignidad humana, solidaria entre distintos, empática hacia los que más sufren y responsable colectivamente ante las amenazas. Apelar a la identidad cristiana de nuestro continente es reconocer que el proyecto que encabezaron los Padres Fundadores bajo esta perspectiva sigue vigente y reconoce en ellos el esfuerzo y la visión para implantar definitivamente los valores que la encarnan y que debemos promocionar en el mundo como modelo a seguir. La Unión Europea, bajo los valores cristianos que la inspiraron, ha de insistir al unísono en la centralidad de la persona. La protección de la familia debe ser sólida, pues sin esta, la esperanza en una Europa fuerte se debilita. Niños, jóvenes, adultos, ancianos, todos sin excepción deben tener la confianza en unas instituciones que velen por sus derechos y cuidados. Garantizar el paso generacional sin perder su origen ni sus raíces, es volver a la fuente de estos valores que han de permanecer en nuestra sociedad y tratar de exportarla al conjunto de regiones del planeta. Solo la distancia en el tiempo será la que nos haga ver que el esfuerzo mereció la pena. Europa ha recibido a lo largo de los siglos la fe cristiana. Su visión social nace de las enseñanzas de Jesús de Nazaret narradas en el Evangelio. Su arte, su literatura, su cultura y su patrimonio llevan la impronta de la fe. ¿Debemos perder esto? Todo lo contrario. Debemos saber transmitir a las generaciones futuras esta herencia de nuestros antepasados y decir, con humildad y alegría, que en esta Europa, con la convivencia lograda, con su proceso de integración política, cultural y económica ya avanzado, son fruto de la inspiración cristiana y que sin ella, el proyecto peligrará, pues son muchas y muy distintas las amenazas que llaman a la puerta, disfrazadas para tener más fácil acceso y romper la cadena que la mueve. Por lo tanto,

nadie puede negar que la fe cristiana es parte de los fundamentos del ideal democrático, de los Derechos Humanos, de la Unión Europea y de su futuro. Ante la ya prolongada crisis de valores, más Europa es más humanismo. Ante el riesgo de no seguir con este proyecto común, el cristiano da, de nuevo, razones para apostar por Europa y su unión.

La Iglesia también está dando pasos para profundizar en el proyecto de integración europeo. En 2006, las distintas conferencias episcopales de los Estados miembros de la Unión se confederaron para que naciera un nuevo órgano que aglutinase a todas ellas. El Consejo de Conferencias Episcopales de Europa busca potenciar los nexos de unión de las decenas de millones de católicos presentes en el continente. Este paso, lejos de parecer algo baladí, supone toda una declaración de intenciones de la Iglesia en pro de seguir caminando en y para Europa y poder superar así las divisiones internas a todos los niveles. El protagonismo de sus declaraciones tienen repercusión en todos los rincones del continente. En las últimas elecciones al Parlamento Europeo de 2019, fueron meridianamente claros en su apuesta por Europa al alertar sobre quienes quieren crear una Europa dividida, fragmentada y en conflicto, apelando a la responsabilidad de los cristianos en elegir opciones que, lejos de esto, potencien la unión en todos sus ámbitos. Igualmente han recordado recientemente a las instituciones comunitarias la necesidad de corredores humanitarios para las crisis migratorias o la necesidad de políticas ecológicas que cuiden de la Creación y sean sostenibles. Es pues, esta iniciativa eclesial, una brújula que sirva a la Unión Europea de tal manera que no pierda el norte ni se distraiga en lo que no es importante. Este organismo eclesial comunitario es, sin duda, un buen proyecto sobre el que ir apoyándose cada día más.

Al escribir estas líneas, me viene a la cabeza otro histórico discurso de otro Papa, en este caso de Juan Pablo II, quien, por cierto, en octubre de 1999 proclamó a tres grandes mujeres –santa Brígida de Suecia, santa Catalina de Siena y santa Teresa Benedetta de la Cruz– patronas de Europa. Este gran Pontífice, el Papa viajero, desde la ciudad de Santiago de Compostela en 1982 quiso poner al viejo continente como el centro de sus palabras aquel martes 9 de noviembre. Trayendo a la memoria la importancia que tiene en Europa el famoso Camino que lleva hasta la tumba de Santiago, uno de los apóstoles de Jesús y que millones de peregrinos han transitado –convirtiéndose así, casi sin querer, en uno de los prolegómenos de una unión en Europa– Juan Pablo II recordó que *“la peregrinación a Santiago fue uno de los fuertes elementos que favorecieron la comprensión mutua de pueblos europeos tan diferentes, como los latinos, los germanos, celtas, anglosajones y eslavos. La peregrinación acercaba, relacionaba y unía entre sí a aquellas gentes que, siglo tras siglo, convencidas por la predicación de los testigos de Cristo, abrazaban el Evangelio”*. San Juan Pablo II alertó de que *“después de veinte siglos de historia, a pesar de los conflictos sangrientos que han enfrentado a los pueblos de Europa y de las crisis espirituales que han marcado la vida del continente, se debe afirmar que la identidad europea es incomprensible sin el cristianismo, y que precisamente en él se hallan aquellas raíces comunes, de las que ha madurado la civilización del continente, su cultura, su dinamismo, su actividad, su capacidad de expansión constructiva también en los demás continentes; en una palabra, todo lo que constituye su gloria”*. A modo premonitorio avisó de que *“todavía en nuestros días, el alma de Europa permanece unida porque, además de su origen común, tiene idénticos valores cristianos y humanos, como son los de la dignidad de la persona humana, del profundo sentimiento de justicia y libertad, de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de amor a la familia, de respeto a la vida, de tolerancia y de deseo de cooperación y de paz, que son notas que la caracterizan”*. Vemos como a medida que esto se pone en duda, la propia Unión se resquebraja. La reciente salida del Reino Unido no es sino la consecuencia de sacrificar estos valores en nombre de un nuevo orden que en nada busca lo que el cristianismo ha ido construyendo con la persona y su dignidad como fundamento. El Papa polaco seguía advirtiendo de lo que vendría años después: *“Europa se encuentra dividida. La vida civil se encuentra marcada por las consecuencias de ideologías secularizadas, que van desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa, a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y de la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolija y unida, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un «nihilismo» que desarma la voluntad de afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, migrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de informa-*

ción”. Y así, pasados cuarenta años, podemos ser capaces de entender y reconocer lo que ha venido sucediendo en nuestro continente. Pero Juan Pablo II lanzó un grito de esperanza, abrió un camino a seguir: *“Yo, Sucesor de Pedro en la Sede de Roma, una Sede que Cristo quiso colocar en Europa y que ama por su esfuerzo en la difusión del cristianismo en todo el mundo. Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: ¡Vuelve a encontrarte! ¡Sé tú misma! Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual, en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. No te enorgullezcas por tus conquistas hasta olvidar sus posibles consecuencias negativas. No te deprimas por la pérdida cuantitativa de tu grandeza en el mundo o por las crisis sociales y culturales que te afectan ahora. Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo. Los demás continentes te miran y esperan también de ti la misma respuesta que Santiago dio a Cristo: «lo puedo»”. Y vuelve, lucidamente, a poner el foco en la fuente: “Si Europa abre nuevamente las puertas a Cristo y no tiene miedo de abrir a su poder salvífico los confines de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo, su futuro no estará dominado por la incertidumbre y el temor; antes bien se abrirá a un nuevo período de vida, tanto interior como exterior, benéfico y determinante para el mundo, amenazado constantemente por las nubes de la guerra”.* Aquí tenemos la clave para retomar el proyecto europeo con determinación, tal y como soñaron los Padres Fundadores; una región fraternalmente unida, solidaria con los más necesitados y que traiga paz y prosperidad. Este ejemplo para el mundo solo se puede con Dios presente en la vida de quienes integramos Europa. Vayamos hacia ello, tal y como continuaba en su discurso junto a la tumba del Apóstol Santiago: *“La Iglesia es además consciente del lugar que le corresponde en la renovación espiritual y humana de Europa. Sin reivindicar ciertas posiciones que ocupó en el pasado y que la época actual ve como totalmente superadas, la misma Iglesia se pone al servicio, como Santa Sede y como Comunidad católica, para contribuir a la consecución de aquellos fines que procuren un auténtico bienestar material, cultural y espiritual a las naciones. La ayuda de Dios está con nosotros. La oración de todos los creyentes nos acompaña. La buena voluntad de muchas personas desconocidas artífices de paz y de progreso está presente en medio de nosotros, como una garantía de que este Mensaje dirigido a los pueblos de Europa va a caer en un terreno fértil”.*

Juan Pablo II nunca tuvo reparo en reconocer la pertenencia histórica y afectiva de la fe en Cristo al corazón de Europa porque así fue y así es. ¿Por qué intentar alejar a Dios de la que ha sido la cuna de la evangelización a todo el mundo? Ejemplares santos y santas ha dado y sigue dando este continente a la Iglesia, al mundo y a todos los hombres y mujeres de todas las generaciones; ermitas centenarias; grandes templos y catedrales; festividades en honor a la cristiandad repartidas por todo el calendario; discípulos del mismo Cristo que aquí son venerados en cuerpo, en esta tierra europea, también tierra de María; ordenes religiosas que aquí tienen su cuna y desde donde han llegado a los confines del mundo. Roma, la ciudad eterna, en el corazón de Europa, sede del sucesor de Pedro. Son algunas muestras de nuestra raíz cristiana, la que es fuente de la grandeza de Europa y sin la que, repito, todo se debilitaría, como hemos sido testigos. No apartemos a Dios de nuestras vidas pues nada ganamos y todo lo arriesgamos; no abandonemos lo que da alma al proyecto europeo, algo que los Padres Fundadores siempre quisieron tener presente. Sin la fe en Cristo, Europa pierde su personalidad. Donde hay una cruz, hay civilización y Europa es ejemplo de ello.

Construir Europa con un talante abierto, sereno y solidario, especialmente hacia las demás naciones del mundo, es contrario al egoísmo y a la violencia que han sido los protagonistas en el continente siempre que se ha negado a Dios. Sobre el cristianismo, Europa encuentra libertad, progreso y unidad, valores fundamentales en el proceso de construcción europeo. Recordemos esto cuando flaqueen nuestras fuerzas. Reconozcamos, especialmente en nuestros días, las raíces por las que el viejo continente siempre es capaz de superponerse y las que la ha llevado a ser ejemplo en un mundo lleno de incertidumbre. La fe cristiana es el fundamento de Europa y la garantía de que su futuro es posible.

No estaríamos cerrando el círculo de estas últimas décadas de construcción europea si no apelamos al tercer Pontífice testigo e impulsor de una Europa unida, enraizada en sus orígenes cristianos. Me remito a otro gran Papa, Benedicto XVI, quien desde antes de ser elegido Obispo de Roma, siempre tuvo presente a Europa en sus raíces cristianas desde la base de que la dignidad humana será protegida plenamente siempre que no las rechacemos. Europa *“no puede hacerse abstracción del innegable patrimonio cristiano de este continente, necesita una nueva aceptación de sí misma si quiere sobrevivir”*. Para el Papa alemán, que Europa pierda la fe en Cristo es lo mismo que si perdiese la fe en su propio futuro. Benedicto XVI es un convencido europeísta que defiende y promueve los valores que han afianzado la grandeza histórica y moral de Europa y por ello, pide que no cerremos los ojos a los problemas y desafíos que amenazan la Unión edificando este proyecto con Dios, *“inspirada en la perenne y vivificante verdad del Evangelio”*. En 2007 se dirigió a los parlamentarios europeos de esta manera: *“Europa debe afrontar cuestiones complejas, de gran importancia, como el crecimiento y el desarrollo de la integración europea, la definición cada vez más precisa de una política de vecindad dentro de la Unión, y el debate sobre su modelo social. Para alcanzar estos objetivos, será importante inspirarse, con fidelidad creativa, en la herencia cristiana que ha contribuido en gran medida a forjar la identidad de este continente. Valorando sus raíces cristianas, Europa podrá dar una dirección segura a las opciones de sus ciudadanos y de sus pueblos, fortalecerá su conciencia de pertenecer a una civilización común y alimentará el compromiso de todos de afrontar los desafíos del presente con vistas a un futuro mejor”*.

Ante una economía globalizada, con cambios demográficos, donde peligra el empleo, la protección de la familia, la igualdad de oportunidades en la educación de los jóvenes y su acceso al mercado laboral o las nuevas pobreza que golpean con fuerza, Benedicto XVI apela sin duda a volver a las raíces, a ir al origen que hizo que Europa un lugar prospero, sin miedo ni equidistancias. *“No hay que olvidar que, cuando la Iglesia o las comunidades eclesiales intervienen en el debate público, expresando reservas o recordando ciertos principios, eso no constituye una forma de intolerancia o una interferencia, puesto que esas intervenciones sólo están destinadas a iluminar las conciencias, permitiéndoles actuar libre y responsablemente de acuerdo con las verdaderas exigencias de justicia, aunque esto pueda estar en conflicto con situaciones de poder e intereses personales. Lo que pretende principalmente con sus intervenciones en el ámbito público es la defensa y promoción de la dignidad de la persona”*. Pocos años después, en una entrevista, dijo que *“es evidente que Europa tiene hoy en el mundo un gran peso tanto económico como cultural e intelectual. Y, de acuerdo con este peso, tiene una gran responsabilidad. Pero Europa tiene que encontrar todavía su plena identidad para poder hablar y actuar según su responsabilidad. El problema de Europa para encontrar su identidad creo que consiste en el hecho de que hoy en Europa tenemos dos almas: una de ellas es una razón abstracta, anti-histórica, que pretende dominar todo porque se siente por encima de todas las culturas. Una razón que al fin ha llegado a sí misma, que pretende emanciparse de todas las tradiciones y valores culturales en favor de una racionalidad abstracta. La primera sentencia de Estrasburgo sobre el Crucifijo era un ejemplo de esta razón abstracta que quiere emanciparse de todas las tradiciones, de la misma historia. Pero así no se puede vivir. Además, también la "razón pura" está condicionada por una determinada situación histórica, y solo en este sentido puede existir. La otra alma es la que podemos llamar cristiana, que se abre a todo lo que es razonable, que ha creado ella misma la audacia de la razón y la libertad de una razón crítica, pero sigue anclada en las raíces que han dado origen a esta Europa, que la han construido sobre los grandes valores, las grandes intuiciones, la visión de la fe cristiana. Sobre todo en el diálogo ecuménico entre Iglesia católica, ortodoxa, protestante, este alma tiene que encontrar una común expresión y después tiene que confrontarse con esa razón abstracta, es decir, aceptar y conservar la libertad crítica de la razón con respecto a todo lo que puede hacer y ha hecho, pero practicarla, concretarla en el fundamento, en la cohesión con los grandes valores que nos ha dado el cristianismo. Sólo en esta síntesis Europa puede tener peso en el diálogo intercultural de la humanidad de hoy y de mañana, porque una razón que se ha emancipado de todas las culturas no puede entrar en un diálogo intercultural. Sólo una razón que tiene una identidad histórica y moral puede también hablar con los demás, buscar una interculturalidad en la que todos pueden entrar y encontrar una unidad fundamental de los valores que pueden abrir las vías al futuro, a un nuevo humanismo, que tiene que ser nuestro objetivo. Y para nosotros este humanismo crece precisamente a partir de la gran idea del ser*

humano a imagen y semejanza de Dios". En este punto estamos ahora, en pleno 2021 y con una pandemia histórica.

La última encíclica del Papa Francisco, *'Fratelli Tutti'*, firmada en la localidad italiana de Asís el 3 de octubre de 2020, se adentra en lo fundamental y urgente en nuestros días. Recomiendo vivamente su lectura, punto por punto, de manera tranquila y meditada. Es una llamada, no solo a Europa sino al mundo entero, al reconocimiento mutuo como hijos e hijas de Dios y, por lo tanto, una convocatoria inaplazable a la fraternidad y a la amistad social como medios de reconstrucción de un mundo herido. Estas –la fraternidad y la amistad social– son las vías indicadas por el Pontífice para construir un mundo mejor, más justo y pacífico que pasa, obligatoriamente, por una Europa comprometida con ello. ¿Podemos imaginar una Unión Europea que lidere un cambio hacia un mundo caritativo, fraternal y humanitario, donde los europeos podamos crecer en estatura moral? Sin duda, la fuente de estos valores la hallaremos en los pilares fundacionales del proyecto europeo liderado por los Padres Fundadores, con Robert Schuman, Konrad Adenauer y Alcide de Gasperi a la cabeza. En *'Fratelli Tutti'*, el Papa alerta diciendo que hoy en día hay “una pérdida del sentido de la responsabilidad fraterna”, donde, entre otros aspectos, existe uno donde muchos quieren imponer la economía por encima de cualquier otra cuestión. Y aquí, de nuevo, Francisco recuerda que solamente podremos reformar esto si construimos una “economía con alma”, que ponga el mercado y las herramientas económicas al servicio de la mejora de todas las personas y del cuidado de la Tierra. Europa ha de caminar por la fraternidad y la amistad social entre sus integrantes –ciudadanos y Estados– y para con el resto del planeta. ¿Dónde encontramos la guía para seguir por esta senda? En la fuente de los valores cristianos logramos descubrir lo que empuja, promueve y divulga la fraternidad evangélica de la que Europa se ha nutrido para ser luz en momentos de oscuridad.

Es aceptado por la inmensa mayoría que la idea primitiva de una Europa unida nace de una visión cristiana. Así lo manifestaron los Padres Fundadores y así nos lo recuerdan los Papas protagonistas de las últimas décadas. La Historia nos avisa de que apartar a Dios de los proyectos humanos solo trae devastación, tristeza, oscuridad y ruina, como muchos hemos sido testigos en el último siglo europeo. Ante planteamientos frívolos, disfrazados de progreso, alejados del humanismo, llenos de discursos banales y promesas insustanciales, volvamos al origen, no como una manera de retroceder, sino como un caminar juntos hacia el futuro basado en las raíces cristianas que eleven a Europa y a su proyecto de integración a una cima donde se respiren valores inalterables basados en la persona y su dignidad como centro de actuación.